

# Vivir como resucitados.

## Josep Anton Clua

- Introducción
  - La Resurrección la descubrimos desde la Fe. La Sagrada Familia de Gaudí
  - La Resurrección: ¿un spoiler o una vivencia?
- Del miedo y la desbandada a la Vida Nueva
  - Nadie nos cuenta cómo fue la Resurrección
  - El sepulcro vacío, signo de la Resurrección, que hay que entender
  - El Encuentro con el Resucitado cambia la vida del discípulo
  - San Pablo, el que nace fuera de tiempo (1Co 15, 8)
- Bautizados y Resucitados
  - «Eres una nueva criatura y te has revestido de Cristo»
  - «Que iluminado (a) por Cristo camines siempre como hijo (a) de la luz»
  - «Para mí la vida es Cristo» (Fil 1, 24)
  - «Ya no soy yo quien vivo; es Cristo que vive en mí »(Gal 2, 20)
- El desafío de vivir, aquí y ahora, como Resucitados
  - Vivimos la tensión entre el «todavía no» y la promesa de la nueva creación
  - Siete pistas para vivir como resucitados:
    - Vivir como hombres y mujeres libres
    - Vivir mostrando el Espíritu de Dios que habita en nuestros corazones
    - Vivir sin miedo, sabiendo que tenemos poder
    - Vivir sintiéndonos y sabiéndonos acompañados por Dios
    - Vivir la vida con alegría, como un regalo de Dios, incluso en los momentos difíciles
    - Vivir llenos de esperanza
    - Vivir sintiéndonos amados personalmente por Dios

Ante todo, agradecer al amigo Josep Jiménez Montejo que me llamara y me propusiera esta charla, ya que me ha obligado a repensar y reflexionar sobre una expresión que para mí es muy sugerente: «Vivir como resucitados». Supone todo un proyecto de vida.

En segundo lugar, deciros que no soy ningún teólogo, ni ningún tótem sesudo (como ya le dije a Josep en el momento que me lo propuso). Soy un militante casado con esposa, hijos y madre, profesor de matemáticas en un instituto, que quiere al movimiento, que estima la comunidad cristiana, y que esta estimación profunda le ha llevado a dar algunos pasos poco habituales, como el de convertirse en diácono casado, como algunos otros que encontramos aquí en el movimiento (Miquel Àngel Jiménez, Juan Luengo...).

En tercer lugar, deciros que esta charla no será una charla sociológica, ni una charla política, aunque tendrá repercusiones en la forma como cada uno de nosotros estamos en el mundo sin ser del mundo, como decía San Pablo. Es una charla que se enmarca en el corazón de nuestra fe, en lo más íntimo y esencial de la fe: en la Resurrección de Cristo, y en cómo la hacemos Vida en nuestra vida cotidiana.

Empezamos con una reflexión que nos facilita la contemplación de la obra de la Sagrada Familia. Si miramos la Sagrada Familia es una obra magnífica, inacabada, como nuestras vidas, en cuyo exterior vamos viendo una serie de momentos de la vida de Jesús de Nazaret, Cristo, vamos viendo imágenes de santos, seguidores suyos que se han convertido en ejemplos inspiradores para nuestra vida. En este exterior, encontramos tres fachadas: la del Nacimiento (por cierto la Encarnación la celebramos hoy), la de la Gloria y la Fachada de la Pasión. En esta fachada vemos representada la Pasión y Muerte de Cristo. En esta misma fachada, un poco más arriba, entre dos de las torres, vemos a Cristo Resucitado subiendo al Cielo (la Ascensión), pero no vemos la Resurrección, parece que falte la Resurrección de Cristo. Y es cierto, desde fuera no se ve, se ve una parte de un vitral en el que no se distingue nada. Es cuando entramos en la Basílica, que nos situamos en el crucero, ante el Altar Mayor, en el corazón de la Iglesia, que descubrimos en el interior de esa misma fachada el Vitral de la Resurrección. No es casualidad, la Resurrección sólo la podemos descubrir con los ojos de la Fe, y desde el corazón de la Iglesia, de la comunidad cristiana que nos ha ido transmitiendo de generación en generación el testimonio de aquel grupo de hombres y mujeres judíos que se encontraron personalmente con Jesús Resucitado en sus vidas, que se dejaron transformar totalmente por Él y se convirtieron en los grandes difusores de la Buena Noticia del Evangelio. Aquellos hombres y mujeres «Vivieron como Resucitados». Y nosotros también estamos llamados a hacerlo: Viviremos como Resucitados.

Pero nosotros tenemos una dificultad, como dijo el otro día una sobrina mía a uno de mis hijos, vivimos en un continuo «spoiler»: sabemos el final de la película, no nos dejamos sorprender ni por la Cruz ni por la Resurrección. Tal vez esto hace que nos falte ese empuje y frescura de las primeras comunidades que tuvieron aquel contacto único y transformador con el Resucitado. Pero nosotros también lo podemos tener, casi seguro que los que estamos aquí también lo hemos tenido (un retiro, un rato de oración, un hecho...), y es este encuentro que nos cambia la vida que nos abre las puertas a una Vida nueva, resucitada (¿Explicar mi proceso con algunos encuentros? Dolors Castelló, unos ejercicios de la JOBAC, mi madre cuando le cortaron el pecho, el lecho de muerte de mi padre, la fe de los hijos...).

## **Del miedo y la desbandada a la Vida Nueva. Algunas reflexiones alrededor de los relatos de la Resurrección**

Si nos fijamos en los relatos de la Resurrección, en ningún sitio encontramos cómo fue la Resurrección de Cristo. Nadie estaba allí para contarlo. Los relatos nos hablan de un signo de la Resurrección: el sepulcro vacío. El sepulcro es signo de muerte. Un vivo no se deposita en el sepulcro. El sepulcro es el lugar de los muertos, es el reinado de la muerte. Cristo pasó por la Cruz. Cristo vivió la muerte. Cristo murió.

Pero el sepulcro es abierto y está vacío. Todo está ordenado, la sábana de amortajar doblada (o aplanada según otros evangelistas). Este vacío del sepulcro, este orden en las cosas que allí hay, es un signo: la muerte ya no impera, la muerte ha sido vencida, la Vida con mayúsculas Reina.

Un detalle más, ¿quién va por la mañana al sepulcro? Las mujeres. Las olvidadas del pueblo de Israel, las que habían estado al pie de la Cruz con María y Juan. Van por la mañana a embalsamar el cuerpo de Aquel que les había dado nueva vida, que las había dignificado (recordemos el episodio de la mujer adúltera: «Nadie te ha condenado, yo no te condeno, vete y no peques más»). Los discípulos están escondidos, con miedo.

Ante las dudas de cómo podrían hacerlo para mover la piedra, nada las detiene, van al sepulcro y encuentran la piedra corrida y el sepulcro abierto. Leamos el relato que nos hace Lucas y que mañana por la noche leeremos:

<sup>1</sup> El domingo, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aceites aromáticos que habían preparado <sup>2</sup> y encontraron que la piedra había sido apartada del sepulcro. <sup>3</sup> Entraron, pero no encontraron el cuerpo de Jesús, el Señor. <sup>4</sup> Estaban totalmente perplejas sobre qué había pasado, cuando se les presentaron dos hombres con vestidos resplandecientes. <sup>5</sup> Sobrecogidas, bajaron el rostro, y ellos les dijeron:

--¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? <sup>6</sup> No está aquí, ha resucitado. Recordad qué os dijo cuando aún estaba en Galilea: <sup>7</sup> "Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado a manos de los pecadores, que sea crucificado y que resucite al tercer día."

<sup>8</sup> Ellas recordaron estas palabras de Jesús.

<sup>9</sup> Entonces se volvieron del sepulcro y anunciaron todo esto a los Once y a los demás. <sup>10</sup> Eran María Magdalena, Juana y María, madre de Santiago. También las demás que estaban con ellas lo explicaban a los apóstoles, <sup>11</sup> pero sus palabras les parecieron un delirio, y no las creían. <sup>12</sup> Con todo, Pedro se fue corriendo al sepulcro, se agachó y vio que había tan sólo la sábana de amortajar. Después se volvió a casa, extrañado de lo que había sucedido. (Lc 24,1-12)

Tres mujeres llevan la noticia de la Resurrección, pero es sólo una noticia. No es nada más. Los Once no las creen. Pedro va, se agacha, ve los signos, pero no cree, se extraña. Es un primer paso, pero no cree, falta algo.

En el relato que hace el evangelista Juan, el discípulo amado acompaña a Pedro al sepulcro, y este discípulo amado da un paso más: entra. No se queda en la puerta, pasa de su entorno exterior al espacio del sepulcro vacío, entra en el Misterio y ¡Cree!

<sup>1</sup> El domingo, María Magdalena fue al sepulcro muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, y vio la losa quitada de la entrada del sepulcro. <sup>2</sup> Entonces se fue a donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dice:

--Se Han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto.

<sup>3</sup> Pedro y el otro discípulo salieron hacia el sepulcro. <sup>4</sup> Los dos corrían juntos, pero el otro corrió más que Pedro y llegó primero al sepulcro, <sup>5</sup> se inclinó y vio aplanada la sábana de amortajar; pero no entró. <sup>6</sup> Después llegó también Simón Pedro, que le seguía, y entró en el sepulcro; vio aplanada la sábana de amortajar, <sup>7</sup> pero el pañuelo que le habían puesto en la cabeza no estaba aplanado como la sábana, sino que continuaba ligado aparte. <sup>8</sup> Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, vio y creyó. <sup>9</sup> De hecho, todavía no habían entendido que, según la Escritura, Jesús había de resucitar de entre los muertos. <sup>10</sup> Y los dos discípulos regresaron a casa. (Jn 20,1-10)

Juan, el discípulo amado, da el paso de la Fe: ve y cree, pero no entiende. Ambos volvieron a casa. Extrañados, sabiendo que algo había pasado, pero sus vidas no habían cambiado. Todo seguía igual: con miedo, encerrados en casa, desconcertados, con una luz tenue: el sepulcro vacío y la fe incipiente del

discípulo amado (discípulo que no debemos olvidar que es un signo de todos nosotros, cristianos del siglo XXI).

Falta algo. El cambio de vida de los discípulos no se produce sólo por la Resurrección de Cristo, se produce por algo más, hay un hecho que les cambiará la vida, pero aún no se ha producido: el Encuentro Personal con el Resucitado. Este hecho trascendente es lo que cambia la vida de los discípulos, es el que cambia la vida de cada uno de nosotros. Recordemos el episodio de los discípulos que huían hacia Emaús, que se encuentran con Jesús, el corazón les quema cuando Él les explica el sentido de su Muerte y Resurrección, y lo descubren cuando les parte el Pan; después del encuentro corren a Jerusalén a reencontrarse con la comunidad, y llevarles la gran noticia: lo había entendido, ¡lo habían encontrado Vivo!

Los diversos encuentros con Jesús Resucitado van transformando a los discípulos, les abre el sentido de todo, lo descubren Vivo como ellos: comiendo el pan, compartiendo el pescado cocido en las brasas, en los actos más cotidianos de su vida.

El Encuentro con el Resucitado es el hecho que cambiará la vida de los discípulos.

Recibirán una misión:

<sup>19</sup> Id, pues, a todos los pueblos y hacedlos discípulos míos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo <sup>20</sup> y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. (Mt 28, 19-20)

Pero también reciben un regalo: Cristo estará siempre con sus discípulos. Cristo está hoy con todos y cada uno de nosotros: en casa con la familia, en el barrio, en el trabajo o en el paro, en la AAVV o en la AMPA, el sindicato o el partido, en la salud y en la enfermedad, en la juventud y en la vejez, en todo momento Él está con nosotros.

Saben que hay que esperar y rezar. La venida del Espíritu Santo, les dará la fuerza para vivir como Resucitados.

Quien lo vivió de forma muy intensa y repentina fue Pablo de Tarso. Su encuentro personal con el Resucitado hizo que pasara de ser el «gran perseguidor» de la naciente Iglesia a ser el "gran seguidor" del Resucitado, el que nos da las claves de lo que podemos entender por «Vivir como Resucitados». Recordando a la cristianos de Corinto cuál es su fe, cuando habla de la Resurrección les habla de su encuentro con el Resucitado, lo explica así:

<sup>3</sup> En primer lugar os transmití la misma enseñanza que yo había recibido:

Cristo murió por nuestros pecados,  
según las Escrituras,

<sup>4</sup> y fue sepultado;  
resucitó al tercer día,

según las Escrituras,

<sup>5</sup> y se apareció a Cefas  
y luego a los Doce.

<sup>6</sup> Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales viven todavía, pero algunos ya están muertos. <sup>7</sup> Después se apareció a Santiago y, más tarde, a todos los apóstoles. <sup>8</sup> Finalmente, al último de todos, como uno que nace fuera de tiempo, se me apareció también a mí. <sup>9</sup> Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles y ni siquiera merezco ser llamado apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios. <sup>10</sup> Pero por gracia de Dios soy el que soy, y la gracia que él me ha dado no ha sido infructuosa. Al contrario, he trabajado más que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios que hay en mí. <sup>11</sup> Así pues, tanto si soy yo como si son ellos, esto es lo que todos predicamos y esto es lo que vosotros habéis creído. (1 Co 15,3-11)

Quisiera detenerme en la expresión con que comienza Pablo el breve relato de su conversión: "como uno que nace fuera de tiempo, se me apareció también a mí». Para Pablo, el encuentro con Jesús no es un momento cualquiera: es un nuevo nacimiento. Hay un antes y un después, de per-seguir a seguir. De buscar para eliminar, a encontrar y nacer de nuevo, a encontrar y enamorarse de Cristo.

Pablo nos habla de un nuevo nacimiento, de una nueva vida.

Una nueva vida que también experimentaron los primeros cristianos. En medio de la persecución, la primera comunidad cristiana de Jerusalén oraba así:

<sup>29</sup> Ahora, Señor, mira cómo nos amenazan y concede a tus siervos la valentía de anunciar tu palabra; <sup>30</sup> extiende tu mano para que haya curaciones, señales y prodigios gracias al nombre de tu santo siervo Jesús. (Hch 3, 29-30)

Se ponen en manos de Dios para ser lo suficientemente valientes de anunciar su Palabra, y para que les acompañen signos que corroboren lo que están anunciando: el reino de Dios.

## **Bautizados y Resucitados**

Nosotros, un día, de pequeños o más mayores, fuimos bautizados. Los teólogos nos hablarán de muchas cosas relativas al bautismo: perdón de los pecados, alcanzar la plenitud de nuestro ser Hijos de Dios, incorporación a la comunidad cristiana... y nacer a una nueva vida: la Vida de los Hijos de Dios.

El día de nuestro bautismo, cuando nos pusieron la caperucita blanca, el cura o el diácono que nos había bautizado, dijo:

Eres ya una nueva criatura y te has revestido de Cristo. Que este vestido blanco sea para ti signo de tu dignidad; ayudado (o ayudada) con la palabra y el ejemplo de tus familiares, guarda esa dignidad sin mancha hasta la vida eterna. (n. 179 Ritual del Bautismo de Niños)

Antes de este vestido blanco, cuando nos hicieron la Unción con el Crisma nos dijeron:

Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo que te ha liberado del pecado y te ha engendrado de nuevo por el agua y por el Espíritu Santo, te consagra con el crisma de la salvación, para que, incorporado (o incorporada) a su pueblo, seas siempre miembro de Cristo sacerdote, profeta y rey, para la vida eterna.

Y después de la imposición del vestido blanco, cuando nos entregaron el cirio encendido en el Cirio Pascual, nos dijeron, con estas palabras o parecidas:

Recibe la luz de Cristo

A vosotros, padres y padrinos, la Iglesia os confía esta luz. Mantenedla encendida, para que este niño (o esta niña), iluminado por Cristo, camine siempre como hijo (o hija) de la luz, persevere en la fe, y, cuando el Señor volverá, pueda salirle al encuentro con todos los santos y viva eternamente en el cielo.

Fijaros como los ritos posteriores al bautismo, aquellos a los que ya no prestamos atención, pero que están ahí, nos ponen en la clave de lo que supone el bautismo para cada uno de nosotros:

- Una nueva vida, en la que hemos sido engendrados por el agua y por el Espíritu Santo: no es una vida humana, es una vida que es un regalo de Dios para todos y cada uno de nosotros.
- Una vida en la que nos hemos revestido de Cristo: cuando nos revestimos de algo, los demás ya no nos ven a nosotros, ven aquello de lo que nos revestimos. Nos revestimos de Cristo. Los otros deben ver en nosotros la vida y la acción de Cristo: su Palabra, su Entrega, su Amor incondicional y universal, su compromiso para con los débiles (parados, marginados, presos, oprimidos, hombres y mujeres de cualquier raza, religión o condición).
- Una vida que vivimos iluminados por la Luz del Resucitado, que debemos dejar que nos guíe y sea la que ilumine y marque el camino.
- Una vida que llega a su Plenitud en el Encuentro definitivo con el Resucitado en la Casa del Padre, en el Reino del Cielo, en la compañía de los santos y santas que han caminado delante de nosotros.

Fijaros que nuestra vida es caminar hacia el Reino del Cielo, un caminar durante el cual, como imágenes del Cristo Resucitado vamos anticipando aquí y ahora la construcción del Reino.

San Pablo tiene una frase que me hace pensar mucho, y que pienso que los bautizados deberíamos tener como frase de cabecera. En la Parroquia de San Pablo, en Rubí, la tenemos en un vitral en latín:

Mihi vivere, Christus est

Esta frase la encontramos en la carta a los Filipenses, y la podemos traducir como:

Para mí, la vida es Cristo (Fil 1,24)

Es una frase de una profundidad increíble, y que no nos deja indiferentes:

- Nos habla de una vida nueva, una vida nueva que nace a la luz de Pascua.
- Nos habla de una vida que toma la forma de la vida de Cristo.

- Nos habla de una vida que pone a Cristo como modelo y como eje de su vida.
- Nos habla de una vida que quiere ser imagen de la vida de Cristo.
- Nos habla de una vida que pone a Cristo como horizonte y razón última de su vida.
- Nos habla de un enamoramiento de Cristo. Cuántas veces hemos oído, tal persona es mi vida. Cristo es mi vida.
- Nos habla de una vida que vive para hacer realidad el proyecto de Cristo: la salvación para toda la Humanidad.
- Nos habla de una vida que quiere hacer lo mismo que Cristo hacía: llevar la Buena Nueva a los pobres, anunciar a los cautivos la libertad, a los ciegos el retorno de la luz, poner en libertad a los oprimidos, proclamar el Año de gracia del Señor (ver Lc 4,16-30)
- Nos habla de una vida que descubre a Cristo en los que sufren y está a su lado: dando de comer al que tiene hambre, dando de beber al que tiene sed, acogiendo al forastero y al inmigrante, vistiendo al que va desnudo, procurando techo al que está desahuciado, visitando a los enfermos y a los presos, consciente de que en ellos encontramos al mismo Cristo sufriente que resucita nuevamente cuando amamos a los demás. Os contaré una anécdota que me pasó con una abuela venerable de la parroquia donde estoy sirviendo:

Se llama Paca, tiene 89 años (se lleva dos meses con mi madre), una de esas abuelas de misa diaria. No la he visto nunca triste ni malhumorada. No ha tenido una vida fácil, pero cuando viene a misa cada día te lleva un caramelo de café (de aquellos de la Vda. De Solano). Una mujer que siempre está contenta. Ahora ha estado unas semanas ingresada en el hospital. La edad no perdona y cualquier cosa les pone en situación difícil. Cuando la fui a ver, no me esperaba, la cara se le iluminó, estuvimos hablando y echaba de menos el poder comulgar cada día. No sabía que había servicio religioso en el hospital (una mala costumbre que tenemos los cristianos es no pedirlo al entrar por la puerta, pero eso es harina de otro costal, o no). Le dije que lo pidiera y, aprovechando que pasaba la enfermera, lo pedimos juntos. Cuando volví al hospital, ¿sabéis qué es lo primero que me dijo? Cada día la Isa viene a traerme la comunión. Su cara era un estallido de luz por la visita que cada día recibía.

Os explicaré otra, la de Emilio, un ingeniero que colabora en el Aula Joven, en un proyecto de refuerzo escolar para adolescentes, y que uno o dos meses al año se va a Calcuta a colaborar con las Calcutas en uno de los hogares de acogida que tienen. Este año fue después de Navidad y estableció una especie de hermanamiento entre el Aula Joven y aquel orfanato. Los chicos de aquí enviaron allí unas postales en inglés (no hablemos del inglés que tienen los chicos del Aula, vale ;-)) felicitándoles la Navidad y los chicos de allí contestaron a los de aquí también con unas postales. Los de aquí descubrieron que hay chicos y chicas con una vida mucho más dura que la suya (y os puedo asegurar que muchos de los del Aula no la tienen nada fácil), y ambos se sintieron queridos a través de aquellas postales.

Seguro que todos nosotros podemos explicar mil anécdotas, e historias de gente que de alguna manera viven la Resurrección a través de nuestra acción: compañeros de trabajo, familiares, amigos, vecinos...

San Pablo nos invita pues a llevar a Cristo a nuestra vida, a ser imágenes de Cristo que llevan Vida nueva a los que los rodean, y a los de lejos.

En este sentido, podemos encontrar muchos otros fragmentos de las cartas de San Pablo que nos invitan a vivir con profundidad nuestra condición de bautizados:

Ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí. Mi vida terrena, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí. (Gal 2,20)

Da un paso más, no es que sólo mi vida sea Cristo, es que Cristo vive en mí. No me mueve ni el prestigio, ni mi bienestar, ni nada que haga referencia a mí o al mundo, es Cristo el que vive en mí, es Cristo, quien me amó y se entregó por mí el que Vive en mí.

¿Cuesta verdad? Este paso de San Pablo, significa vaciarse uno mismo completamente y dejarse llenar de Cristo, dejarse llenar de Dios, de su Amor, de su Bondad, de su Compromiso, de su Donación y Entrega, convertirse en Cristos vivos en medio del mundo. Y el camino de convertirse en imágenes de Cristo en el mundo, no es el camino de cumplir la letra de ninguna ley, es el camino del Espíritu.

Mirad qué dice San Pablo a los Gálatas a continuación:

<sup>1</sup> ¡Gálatas insensatos! ¿Quién os ha podido fascinar, después de que yo os había puesto ante los ojos la figura de Jesucristo clavado en cruz? <sup>2</sup> Respondedme sólo eso: ¿recibisteis el Espíritu porque habíais cumplido las obras de la ley, o porque acogisteis la predicación de la fe? <sup>3</sup> ¿Tan insensatos sois? Habíais empezado recibiendo el Espíritu, ¿y ahora acabaréis haciendo vuestras propias obras? <sup>4</sup> Los dones del Espíritu, ¿los habéis experimentado en vano? ¡Quizás sí ha sido en vano! <sup>5</sup> El que os concede el Espíritu y obra prodigios entre vosotros, ¿lo hace porque habíais cumplido las obras de la ley, o porque acogisteis la predicación de la fe?

El camino del Espíritu, vivir los dones del Espíritu, hacer las obras del Espíritu, no las propias obras ni las obras que la Ley nos pide, no, vivir la Libertad del Espíritu. Este es el camino del bautizado: dejar que Cristo viva en mí, dejar que su Espíritu de Vida, de Amor sea la luz y el motor de nuestra vida.

Esta tarde dejaremos ante la Cruz todo el mal del mundo, también clavaremos en la Cruz nuestro mal, nuestras infidelidades, nuestras debilidades, nuestras incoherencias, no porque el año que viene volvamos a hacerlo como en un ciclo sin fin, sino porque queremos vaciarnos de nuestro yo, para llenarnos del amor de Cristo que emana de la Cruz, para llenarnos de la Vida Nueva que nace en los albores de Pascua.

## **Vivir aquí y ahora como Resucitados: Construyamos ahora y aquí, con nuestra vida, el Reino que ya viene**

En esta parte de la charla seguiré, casi punto por punto a Elsa Támez en un artículo titulado «El desafío de vivir como resucitados», que publicó en la revista *Pasos* (revista de Costa Rica) y que publicó resumido entre nosotros Selecciones de Teología. Reflexiona Elsa Támez:

Para Quienes han acogido la fe del Mesías Jesús, vivir como resucitados hoy día es un desafío: la realidad del "todavía no" de la resurrección plena (o de la llegada del Reino) es a veces tan miserable que cuesta soñar en la felicidad para todos y todas. Da miedo dejarse llevar por la promesa de la nueva creación, esto es, la promesa de que los cielos nuevos y la tierra nueva, donde no habrá ni lágrimas ni dolor, llegarán alguna vez. Vivir como resucitados en medio de la muerte (engaño, opresión, desempleo, violencia, desesperanza) puede ser un pedir demasiado en la actualidad. (pág 5)

Para los discriminados, en América Latina y en el Caribe (y también entre nosotros), la calidad del "ya" hemos resucitado se insignificante frente al "todavía no" del final de los tiempos, por lo cual la afirmación bíblica de que con la llegada del Mesías Jesús llegó el Reino de Dios en fe y esperanza no nos entusiasma y buscamos una espiritualidad, no liberada ni liberadora, sino de temor, encerrada en sí misma y en búsqueda constante de experiencias individualistas que sólo satisfacen frustraciones personales. La vida se vive como una carga, no como un regalo de Dios para disfrutar, compartir y defender. Si asumiéramos la afirmación paulina de que hemos pasado de la muerte a la vida, y acogiéramos la vida como regalo de Dios, ofrecida por su Espíritu, y si viviéramos con la certeza de que el Espíritu de Dios habita en nuestro ser y en nuestras comunidades, la espiritualidad practicada por las comunidades y sus miembros daría testimonio de rostros resplandecientes y de comunidades que caminan con paso seguro, como resucitadas. Esto no es imposible. La experiencia nos muestra que todo lo bueno que acontece brilla como magnífico anticipo de resurrección.

La pregunta, por tanto, es ¿cómo vivir como resucitados?

Elsa Támez propone siete actitudes, siete pistas para vivir el camino de la Resurrección:

Primero de todo, vivir como hombres y mujeres libres.

donde está el Espíritu del Señor está la libertad. (2 Co 3,17b)

Sepamos bien: lo que éramos antes ha sido crucificado con él; es decir, nuestro yo dominado por el pecado ha sido destruido para que ya no seamos más esclavos del pecado. (Rm 6,6)

Porqué vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos que os haga volver a caer en el temor, sino el Espíritu que nos ha hecho hijos y nos hace gritar: «¡Abba, Padre!» (Rm 8,15)

Ya no vivimos dominados por un espíritu de esclavos, no estamos sujetos más que a una ley, la del Espíritu, la ley del Amor. En la Cruz colgamos nuestro pecado para ser liberados y vivir la libertad del Espíritu. Libertad que nos lleva a ser libres ante las leyes humanas, libertad que nos lleva a ser libres ante los poderes instituidos que no trabajan por el bien común. Esta libertad nos lleva a ser creyentes y comunidades libres que son testimonios en medio del mundo, que iluminadas por el Espíritu disciplinan cuando las leyes del mundo son justas o injustas (leyes contra los inmigrantes, contra el derecho a la vida, leyes hipotecarias, reformas laborales, leyes del mercado...) y se oponen y se liberan de estas leyes.

El pecado que se manifiesta por medios del sistema injusto, no tiene más señorío sobre los que queremos vivir el desafío de vivir como personas y comunidades resucitadas. (Elsa Tamez, pág. 5)

En segundo lugar, «acogiendo y mostrando con hechos claros y concretos el Espíritu de Dios que habita en sus corazones».

Son agentes de Dios solidarios con los más necesitados. Su vida transformada Hace de sus miembros instrumentos de la justicia para enfrentar la realidad miserable. (Elsa Tamez, pág. 6) porque él, que los conocía desde siempre, los ha destinado a ser imagen de su Hijo, que ha sido el primero de muchos hermanos. (Rm 8, 29)

Los que viven como Resucitados son parte de una multitud de Cristos vivos en medio del mundo, que dan frutos de Vida y de Paz. La vida del que vive como Resucitado es una vida guiada por el Espíritu del Resucitado, no guiada por los intereses del mundo, que dan frutos de muerte y esclavitud. Los frutos del que se guía por el Espíritu son frutos de liberación, de Vida Nueva, de adelanto del Reino de Dios; son fruto de una acción no optativa, sino necesaria, ya que es «manifestación del Espíritu a través de sus hijos e hijas en el tiempo presente».

Toda la Creación, espera entre «dolores de parto», la liberación que viene de Dios. También nosotros, le esperamos y anhelamos, viviendo en una permanente tensión entre el ahora y el todavía no, lo que tenemos y lo que vendrá:

<sup>22</sup> Sabemos que hasta ahora todo el universo creado gime y sufre dolores de parto. <sup>23</sup> Y no sólo él; también nosotros, que poseemos el Espíritu como primicias de lo que vendrá, gemimos en nuestro interior anhelando ser plenamente hijos, cuando nuestro cuerpo sea redimido. <sup>24</sup> Hemos sido salvados, pero sólo en esperanza. Ahora bien, ver lo que se espera no es esperanza: lo que se ve, ¿por qué se ha de esperar? <sup>25</sup> Pero nosotros esperamos lo que no vemos, y lo anhelamos con constancia. (Rm 8, 22-25)

Los gemidos de la Creación, de los hijos y del Espíritu reflejan una espiritualidad solidaria y urgente de una praxis en el ahora, basada en la esperanza. (Elsa Támez, pág. 6)

En tercer lugar, el que vive como Resucitado no tiene miedo, siente que tiene poder.

<sup>16</sup> Al atardecer, sus discípulos bajaron al lago <sup>17</sup> y se embarcaron en dirección a Cafarnaúm, en la otra orilla. Ya había oscurecido, y Jesús todavía no se había reunido con ellos; <sup>18</sup> además, como que el viento soplaba fuerte, el lago se iba encrespando. <sup>19</sup> Cuando habían remado unas dos o tres millas, vieron que Jesús se acercaba a la barca caminando sobre el agua, y se asustaron. <sup>20</sup> Él les dijo:

--Soy yo, no temáis.

<sup>21</sup> Querían hacerlo subir a la barca, pero en seguida la barca tocó tierra en el lugar donde iban. (Jn 6, 16-21)

El encuentro con Jesús transforma. Hace vencer el miedo. Su sola presencia permite avanzar en medio de las tormentas, su presencia elimina el miedo y permite llegar a buen puerto.

El poder del Espíritu Santo les transforma en personas y comunidades seguras y serenas frente a la sociedad hostil, principalmente frente a los poderosos y avaros sin escrúpulos para imponerse en medio de los débiles. Las personas consideradas como insignificantes por una sociedad que excluye, discrimina y aplasta son "empoderadas" por el Espíritu Santo y dignificadas al rango de hijas de Dios. El Espíritu les hace sentir su fuerza y dinamismo para desenmascarar sin miedo la mentira que envuelve el sistema pecaminoso. (Elsa Támez, pág. 6)

En cuarto lugar, los que caminan como Resucitados se sienten acompañados por Dios. Esta compañía, este acompañamiento les da la fuerza para ser personas y comunidades libres, sin miedo, empoderadas por el Espíritu Santo.

Este acompañamiento permite el continuo aprender diario bajo la sabiduría de Dios y el no sentirse solo y abandonado en momentos difíciles, cuando hay que discernir o cuando se necesita del consuelo de Dios o de una sacudida. El diálogo permanente con Dios en quienes caminan como resucitados ayuda a sentirse acompañados por algo más que los hermanos y hermanas de la comunidad: Sentir la trascendencia en el corazón hace ver las cosas chicas y grandes con mesura y sin desesperación.

La comunidad cristiana, el grupo de RdV, el movimiento, son instrumentos de este acompañamiento, pero no sólo ellos, también la oración personal, el encuentro personal con el Resucitado hace que lo sintamos vivo en nuestro interior.

En quinto lugar, «los que intentan vivir el futuro en el ahora» viven su vida con alegría, como un regalo de Dios. Una alegría que, en los momentos difíciles, se alimenta de la esperanza en el Reino que esperamos y que sabemos que vendrá. Son gente que aman la vida, que dan gracias a Dios por la vida,

que disfrutan con la gratuidad, con la misericordia, con el perdón. Incluso en los momentos duros de la vida, dan gracias a Dios y lo reconocen como su gloria, de modo que, como dice San Pablo:

<sup>3</sup> incluso en las tribulaciones encontramos motivo de gloriarnos, porque sabemos que la tribulación engendra paciencia; <sup>4</sup> la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza. <sup>5</sup> Y la esperanza no engaña, porque Dios, dándonos el Espíritu Santo, ha derramado su amor en nuestros corazones. (Rm 5,3-5)

En sexto lugar, la esperanza.

Quienes viven como resucitados están llenos de esperanza, que es la que, de hecho, sustenta su espiritualidad. (Elsa Támez, pág. 6)

<sup>18</sup> Yo pienso que los sufrimientos del mundo presente no son nada comparados con la gloria que se revelará en nosotros. <sup>19</sup> Porque el universo creado espera con impaciencia que la gloria de los hijos de Dios se revele plenamente (Rm 8, 18- 19)

Vivimos con la esperanza puesta en la victoria definitiva del bien sobre el mal. Vivimos con la esperanza puesta en aquel mundo y aquella tierra nueva que nos habla el libro del Apocalipsis. Esta esperanza es el motor que hace que no nos detengamos, que a pesar de las dificultades sabemos que todo dará fruto. Es la esperanza paciente y activa del agricultor. Un consiliario hace años nos decía: nosotros sembramos, quizás no veremos fruto, pero sabemos seguro que Dios cosechará. El tiempo y el momento sólo los sabe Él.

Y en séptimo lugar, quien vive como resucitado, se siente amado por Dios. Vive una certeza: Dios ama, sin condiciones, de forma incomprensible para nosotros, pero siempre al lado del que sufre. Sin el convencimiento de que Dios nos ama en toda situación, es imposible vivir con esperanza todos los sufrimientos del mundo.

Sentirse verdaderamente amados por Dios es la clave para poder acoger el desafío de vivir en el mundo de ahora como resucitados. Frente a la gracia no hay condenación para quienes viven en el Espíritu del Mesías Jesús. Dios no condena: ama. Y su amor es tan grande que nada podrá separarnos de él. Para Pablo, el amor de Dios por sus hijos e hijas es tan fuerte que ni la espada ni la opresión, ni el hambre ni la desnudez, ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni lo alto ni lo profundo, es decir, absolutamente nada, puede separarnos del amor de Dios. Este amor es el fundamento que sostiene una espiritualidad liberada y liberadora de quienes se atreven a vivir hoy como resucitados. (Elsa Támez, pág. 7)

Osemos, tengamos el valor, pongámonos al alcance del amor de Dios y dejemos que el Resucitado viva en nosotros.

Ahora tenemos un tiempo personal, para cada uno. Os propongo tres preguntas, a partir de lo que hemos hablado este rato:

- 1 «Eres ya una nueva criatura y has revestido de Cristo». Te dijeron en el Bautismo. Hemos oído a San Pablo decir: «como uno que nace fuera de tiempo, se me apareció también a mí». Te propongo hacer un repaso de tu vida. ¿En qué momentos has tenido este encuentro personal con Cristo que te ha cambiado la vida? ¿Qué ha supuesto en tu vida? ¿Qué has descubierto? ¿En qué te ha cambiado? Da gracias a Dios de este encuentro personal con Él.

- 2 «Para mí, la vida es Cristo». ¿Qué te dice esta frase de San Pablo? ¿Qué te sugiere? ¿A qué te invita?
- 3 Estas siete pistas para vivir como resucitados que nos propone Elsa Támez, ¿qué te dicen? ¿A qué te invitan? ¿Cómo las puedes vivir en tu vida cotidiana?